



mercantilidad, la locuaz aplicación de Levante. Sol y sombra, palabra interior y verbo surtidor, la Castilla y el Mediterráneo se anejan, se aparean en esa medianería regional y engendran la especie castellanolevantina del manchego: seco y torrencial, musical y callado, calmo e inquieto, labrador y emprendedor, rural e internacional, con tiempo para el ocio y vientos para el negocio: alcohol, trigo, vid, vino, champiñón, agricultura e industria, surco y cadena de envasado dan fe y rubrican la personalidad del poblador y fecundador de la Manchuela, comarca a la cual ponen música las bandas de Villanueva de la Jara y de Casasimarro, y letra los cronistas Gratiniano Peñaranda y Angel de Dios.

La nostalgia, el único río que vuelve a la fuente, la nostalgia buscadora de antiguos tesoros, busca inútilmente eras, trillas, mulas, collerones, horcates, cabezadas. «Se necesita memoria para olvidarse de todo». Inútil faena de arqueología nostálgica la del zahorí buscador de aperos que hace unos años habilitaban y engrandecían la mano del labrador, vana la tarea de rastrear extinguidos ejemplares, remotas formas de trato y convivencia: las trillas yacen desdentadas en cualquier porche-panteón o se pudren a la intemperie del abandono; las mulas no siembran de campanillas los crepúsculos ni ponen al paso los huevos camineros de los cagajones ni ofrecen sus cuerpos para que en el muladar los grajos doctos den lecciones de disección a los grajos novicios. La hoz y la caracola, el taller del aperador y la pala de aventar «tiritan bajo el polvo». Ni parvas ni cometas de Dimas panaderos y de Clementes sardineros esperan al solano para poner el trigo y el hilo en el cielo. En su lugar, la cosechadora plenipotenciaria, la que todo lo puede, la que ha dejado sin trabajo a la hoz y a la horca, muda a la caracola, seco el

manantial de la frente del segador, y ha desahuciado de la era a la parva, a la paja, del pajar, en taimada confabulación con el herbicida, asesino profesional, que mata a las malas y a las buenas hierbas, y persigue al pardillo y está a pique de eclipsar el canto y apagar los colores del colorín. Una flamante dinastía de ingenios se ha entronizado en el fronterizo territorio de la Manchuela. Y la cera laboreada por las abejas que libaron la flor de mi juventud llora amarillas lágrimas de melancolía mientras el afiliado al progreso que uno lleva en los pliegues del pecho grita «¡Vivan sus majestades el tractor y la industria!», porque cualquiera puede acostarse todas las noches con la joven civilización y guardar las cartas, con la tinta marchita, de aquella muchacha cuyo cuentarrugas marca los sesenta.

El tierno eje de la Manchuela es el río Valdemembra, un hormiguero de agua o un cándido disparo de espadañas y juncos que pasa rozando una alta de El Peral y de mi pueblo. Equidistante, poco más o menos, de la carretera de Madrid a Valencia, con apeadero en Motilla del Palancar, y de la carretera de Madrid a Alicante, con estación en La Roda,

carniseo, de envidiar a su vecino el Júcar. Pero al Valdemembra no le desvelan chismes, maledicencias e infamias porque sabe que una cosa es la estatua y otra la talla, y no alberga la menor duda de que así como al hombre de Neanderthal se le han reservado las más espaciosas estancias en el hotel de la Historia, el hombre del Champiñón va a dar mucho que decir. Tampoco el Jordán era un río con ínfulas y ahí está. Si el poeta que tanto y tan bien escribió en español y tanto y tan mal murió en francés, un día afirmó y firmó que Londres, Madrid, Ponferrada son lugares excelentes para marcharse, quizá se explicara de este modo con el fin de darnos a entender que hay poblaciones demasiado respiradas y vistas y sería discreto orientar la brújula cordial y los ojos hacia otra parte. Como el tiempo que va uno cumpliendo no lo impida, he de pedir el crédito de una semana de descanso para biengastármelo en asistir al sueño trimestral del champiñón, un Lázaro temporal que resucita de vez en cuando y sale del hoyo cada algunos meses, y en desentorilar del alfarero toril de la tinaja el vino bravo y noble de Iniesta y de Quintanar y hacerles una lenta y templada faena, el aire de los pasodobles de las bandas municipales de la Manchuela.



el Valdemembra hilvana con voluble hilván andariego huertas y viñas, cebollas de El Peral y minas de champiñón, cuyas vetas anidan en los fecundos vientres de los cerros y tienen relaciones íntimas con los alcores de las orillas. Dicen que el Valdemembra se quedó así, delgado y

En estas condiciones, con el estómago templado y el corazón afinado, hay que darse una vuelta y gustar sabores de la Mancha que muchos no han catado: iglesia basílica, y posada de Masó, por cuyas naves y cuadras cruzan las almas de los clérigos y los trajinantes que no se